

AMY STANLEY

FORASTERA
EN LA
CIUDAD DEL SOGÚN

UNA MUJER JAPONESA
Y SU MUNDO

Traducción de Manuel de la Fuente Soler

Alianza editorial

Título original: *Stranger in the Shogun's City: A Japanese Woman and Her World*

Primera edición: marzo de 2026

Esta edición se publicó con la colaboración de
The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Calligraph

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Amy Stanley, 2020

© de la traducción: Manuel de la Fuente Soler, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-194-1

Depósito Legal: M-138-2026

Printed in Spain

Índice

Personas que conforman el mundo de Tsuneno	11
Mapas	15
Nota de la autora.....	17
Prólogo.....	19
1. Lugares lejanos	29
2. Media vida en el campo.....	60
3. Rumbo a Edo	89
4. La perspectiva desde una vivienda humilde.....	117
5. Invierno samurái	142
6. Indumentarias para la vida urbana.....	164
7. Problemas en casa.....	191
8. En las dependencias de la magistratura	224
9. Finales y vidas posteriores	251
Epílogo.....	277
Agradecimientos.....	281
Notas	285
Bibliografía.....	307
Índice analítico.....	325

Para Sam y Henry, mis más dulces y sinceros amores

Personas que conforman el mundo de Tsuneno

Familia

Reconstruir la familia de Tsuneno ha sido una de las tareas más arduas a la hora de escribir este libro, dado que no existe ningún árbol genealógico en los documentos que integran el archivo de Rinsenji. Para trazar los vínculos se ha recurrido a los registros de nacimiento y defunción, así como a ciertas menciones («hermano mayor», por ejemplo) reflejadas en la correspondencia.

Padres

Emon (1768-1837): Padre de Tsuneno y sumo sacerdote del templo Rinsenji.

Haruma (s.f.-1841): Madre de Tsuneno.

Hermanos

Izawa Kōtoku (s.f.): Hermano mayor, probablemente fruto de un matrimonio anterior del padre. Adoptado por una familia de médicos de Tanaka (la familia Izawa), ejercería también esta profesión.

Giyū (1800-1849): Hermano mayor que heredó del padre el cargo de sumo sacerdote en el templo Rinsenji.

Kiyomi (s.f.): Hermana, probablemente menor, que se casó con un sacerdote de un pueblo cercano.

Giryū (1807-1876): Hermano menor.

Girin (s.f.): Hermano menor que violó a la primera mujer de Giyū y fue apartado de la familia durante una temporada.

Gisen (s.f.-1848): Hermano menor que cursó estudios en Edo.

Umeka (1815-s.f.): Hermana menor fallecida en la infancia.

Toshino (1817-1844): Hermana menor.

Ino (s.f.-1840): Hermana menor.

Giyū

Primera esposa: Sin mención a su nombre en el archivo de Rinsenji, Giyū se casó con ella en 1828 y se divorció al año siguiente.

Sano (1804-1859): Segunda esposa de Giyū y cuñada de Tsuneno, madre de Kihaku y de otros cuatro hijos.

Kihaku (1832-1887): Hijo del matrimonio con Sano, heredó de Giyū el cargo de sumo sacerdote.

Otake (1840-s.f.): Hija del matrimonio con Sano y a quien quiso adoptar Tsuneno.

Maridos

Sumo sacerdote de Jōganji (de 1817 a 1831): Primer esposo de Tsuneno en Ōishida (provincia de Dewa).

Koide Yasōemon (de 1833 a 1837): Segundo esposo, campesino acomodado del pueblo de Ōshima (provincia de Echigo).

Katō Yūemon (de 1837 a 1838): Tercer esposo, vecino de Takada (provincia de Echigo).

Izawa Hirosuke (posteriormente Heizō) (de 1840 a 1844 y de 1846 a 1853): Cuarto esposo, con quien vivió en Edo y se casó dos veces. Natural de Kamōda (provincia de Echigo), trabajaba al servicio de familias samuráis.

Otros miembros de la familia, conocidos y personas para las que trabajó

En Echigo

Isogai Denpachi: Secretario y feligrés del templo Rinsenji.

Yamazaki Kyūhachirō: Tío de Tsuneno que vivía en Iimuro.

Chikan: Acompañante en el viaje a Edo. Monje budista en formación del templo Jienji en Koyasu, en las proximidades de Takada.

En Edo

Sōhachi: Natural de Echigo, pariente de Chikan y propietario de una tienda de arroz.

Isogai Yasugorō: Amigo de su pueblo natal y feligrés de Rinsenji que en invierno trabajaba en la ciudad.

Jinsuke: Administrador del edificio en Minagawa-chō, encargado de cobrar el alquiler de la habitación.

Bunshichi y Mitsu: Su tío y su tía en Tsukiji.

Matsudaira Tomosaburō (c. 1821-1866): Hatamoto (samurái de alto rango al servicio directo del sogunato Tokugawa o de los grandes señores) y primera persona para la que traba-

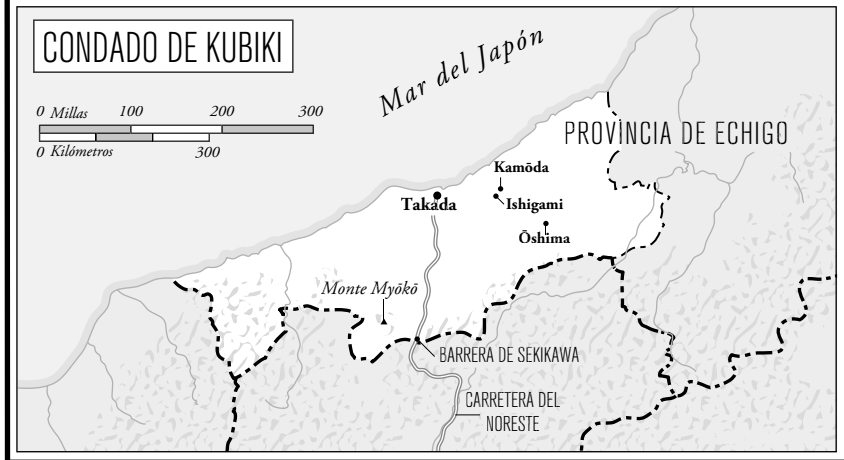
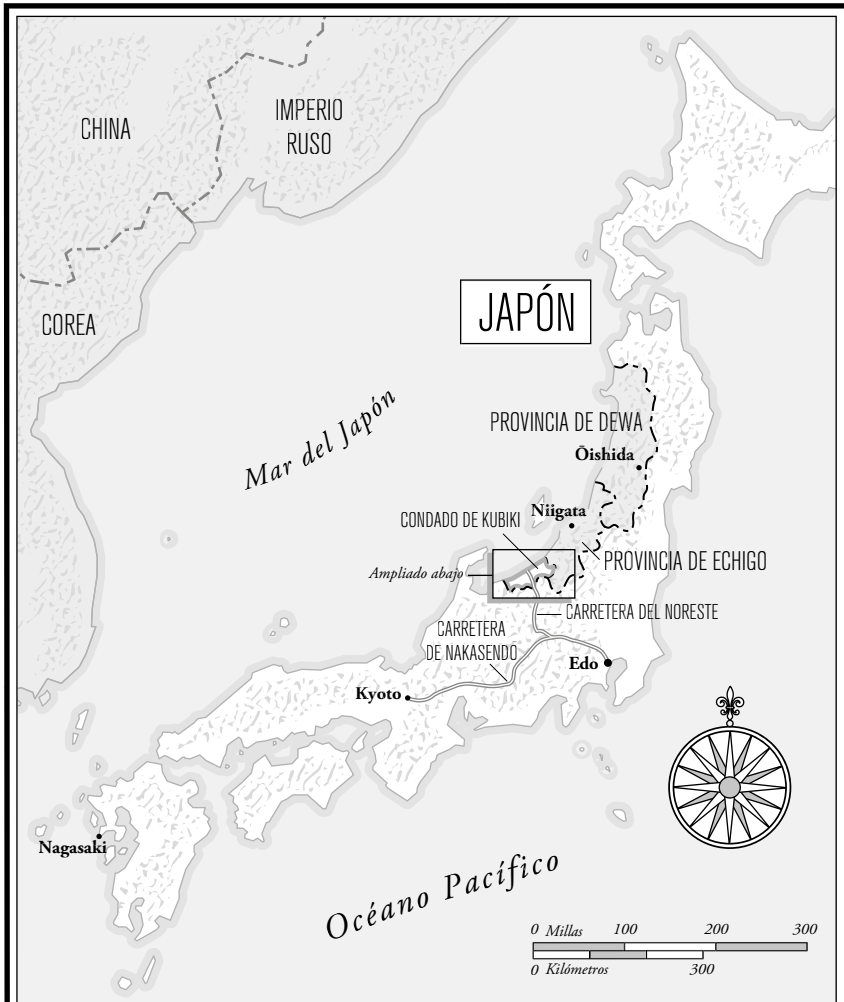
jó de sirvienta. Posteriormente sería señor del dominio de Kameyama y adoptaría el nombre de Matsudaira Nobuyoshi.

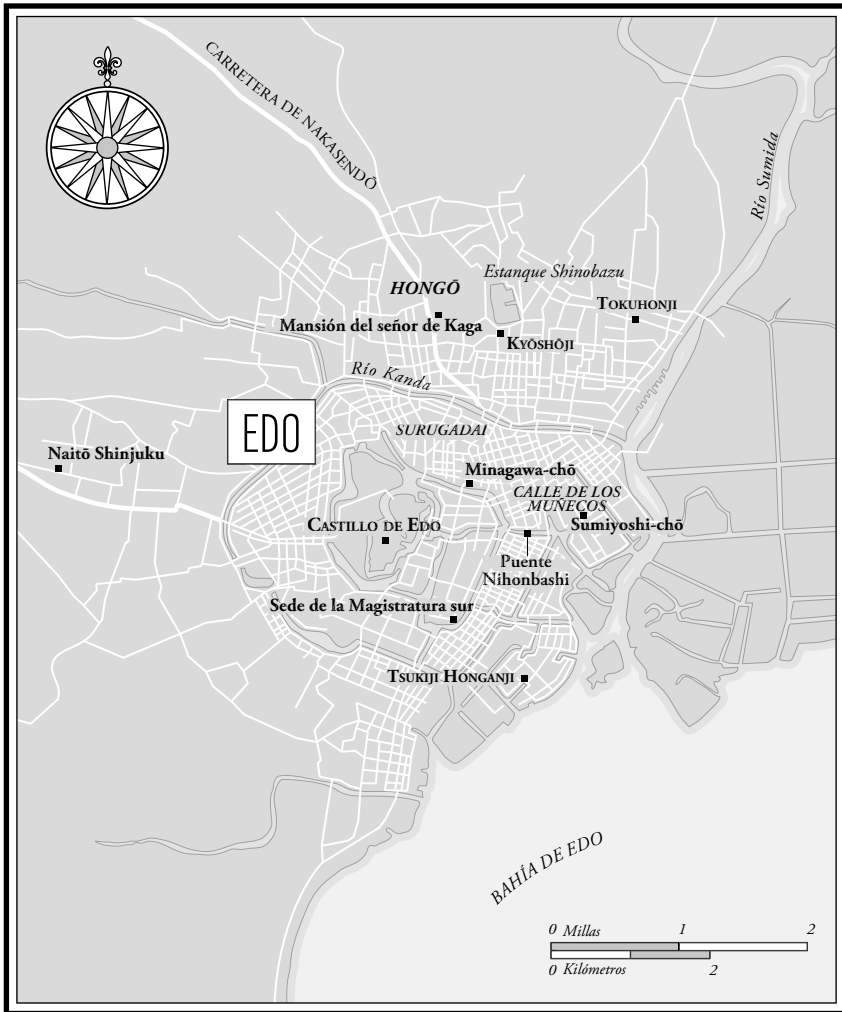
Iwai Hanshirō (1776-1847): Célebre actor de kabuki, propietario del local alquilado en Sumiyoshi-chō en el que trabajó brevemente Tsuneno en 1840.

Izawa Hanzaemon (conocido también como Takeda Yakara y Takeda Gorō): Hermano menor de Hirosuke, hombre de bajo estatus y dudosa reputación.

Yado Gisuke: Amigo que trabajaba de acupunturista. Natural de la provincia de Dewa.

Fujiwara Yūzō: Antiguo amigo de Hirosuke que trabajaba como sirviente en Hongō.





Nota de la autora

Los lectores familiarizados con la historia de Japón comprobarán que he traducido casi todos los términos, incluso aquellos que suelen dejarse en el idioma original. Respecto a las unidades de medida, pesos y monedas, *koku* consta aquí como fardos; *ryō*, como piezas de oro; *bu*, monedas de oro; *shu*, monedas pequeñas de oro, y *mon*, monedas de cobre. Por otro lado, he ajustado al sistema occidental la forma tradicional japonesa de cómputo de edad. Por eso he fijado el fallecimiento de Tsuneno, producido en 1853, en los cuarenta y nueve años en lugar de los cincuenta. La razón se halla en la costumbre, vigente entonces, de asignar a los recién nacidos un año en el momento del parto. Además, con el fin de facilitar la lectura, he adaptado el calendario japonés al gregoriano, a pesar de que la equivalencia no siempre resulta precisa debido a determinados desfases. Así, por ejemplo, he considerado el mes decimotercero de Tenpō como el duodécimo de 1842, aunque en Europa y Estados Unidos estábamos ya en 1843. Por último, muchos de los personajes de

este libro cambiaban de nombre con el tiempo o usaban varios a la vez: para una mayor coherencia y comprensión, empleo siempre el primero que aparece en los archivos.

Prólogo

El 1 de enero de 1801, el primer día del nuevo siglo¹, el presidente estadounidense John Adams abrió a una recepción pública las puertas de la fría y apenas terminada Casa Blanca². Al otro lado del Atlántico, repicaron las campanas de las iglesias londinenses para anunciar la unión de Gran Bretaña e Irlanda y se izó por primera vez la nueva bandera, la Union Jack. Napoleón pasó el día con planes de conquistas³ mientras los parisinos celebraban el año nuevo e ignoraban el calendario republicano francés, que no contemplaba esa festividad⁴. El siglo XVIII había llegado a su fin, pero todavía resonaban los ecos de las recientes revoluciones. Los periódicos estadounidenses se aventuraban a lanzar predicciones de futuro, no solo del país, sino también de toda la humanidad. Había virado la corriente de la historia, de la tiranía a la libertad, de la superstición a la Ilustración, de la monarquía al republicanismo. Reinaba la sensación generalizada de que en el próximo siglo se viviría «un cambio trascendental en el devenir del mundo»⁵.

Sin embargo, más allá de las llanuras y montañas del accidentado continente americano, en el extremo opuesto de un océano inmenso y agitado, no había ninguna época nueva que celebrar ni motivo por el que realizar brindis especiales o pronósticos osados. En el archipiélago japonés, la gente seguía un calendario lunar propio y muy pocos conocían aquel año como 1801. Para la mayoría corría el año 12 de la era Kansei y no se respiraba ningún cambio de época, sino la certeza de un momento histórico plenamente asentado. Lejos del torbellino revolucionario del mundo atlántico, Japón navegaba por una de las fases más plácidas de una paz duradera. Habían transcurrido casi doscientos años sin que ninguno de sus habitantes hubiese tenido que tomar las armas. En ese período, Europa se había visto sacudida en repetidas ocasiones por sangrientos conflictos religiosos, China había sufrido el hundimiento de la dinastía Ming (un cataclismo de tal magnitud que sacudió a todo el continente), se había decapitado a numerosos reyes, habían surgido nuevos países y se había asistido al ascenso y desaparición de grandes imperios marítimos. Aun así, Japón disfrutaba de una época tranquila que daba la impresión de ser eterna.

El día que casi todo Occidente consideraba el primero de enero de 1801 fue allí una jornada normal de invierno, la decimoséptima del undécimo mes. En las ciudades japonesas, las damas distinguidas se abrigan con varias capas de prendas gruesas, los vigías, atentos a los incendios, oteaban el horizonte y los vendedores ambulantes ofrecían por las calles boniatos asados. La gente del campo reparaba los utensilios, confeccionaba sogas y atendía los cultivos de rábanos y hortalizas, además de preocuparse por el pago de los impuestos. Había concluido la temporada de cosecha y comenzaban a vencer las deudas. En las montañas, los aldeanos reunían y apilaban la leña; a lo largo de la costa, llenaban barriles con algas deshidratadas; en las zonas de cultivo, preparaban fardos de arroz o soja. De vez en

cuando, todos se detenían a contar el dinero. Cada aldea de las sesenta y seis provincias japonesas tenía una obligación: rendir cuentas al señor local o al sogún, Tokugawa Ienari, que gobernaba el territorio desde el castillo ubicado en la gran metrópolis de Edo, una bulliciosa ciudad de 1,2 millones de habitantes⁶.

En lo más crudo del invierno, mientras los occidentales estaban de celebración, en Japón se elaboraban y estampaban, para el cobro de los impuestos, miles y miles de notificaciones copiadas con tinta y pincel, que llegaban a través de los mensajeros a las manos curtidas de los campesinos. Una de ellas terminó en poder de un sacerdote budista de nombre Emon⁷. Residía en un templo pequeño de un pueblo llamado Ishigami, en la provincia de Echigo, al pie de montañas escarpadas, en el corazón de la región nevada del país y a varios días de distancia de Edo, la urbe de casas mercantiles y teatros de kabuki. En ese pueblecito de casas de madera, techos de paja, arrozales y campos de hierba, se había presentado el invierno con todo su rigor. Los vecinos de Emon ya habían remendado las sandalias y el calzado para el frío, habían reforzado las vigas del techo, habían envuelto las plantas más delicadas en gruesas esteras de tallos secos y habían colgado en las ventanas persianas de junco⁸. En aquel undécimo mes, la nieve cubría el suelo con varios palmos de espesor y seguía cayendo casi a diario. Cuando soplabla el viento, la nieve se alzaba sobre los campos, se amontonaba en enormes bancos y ocultaba por completo los sinuosos senderos y los pequeños canales que atravesaban la aldea⁹.

La familia de Emon vivía desde hacía generaciones en aquel entorno rural de Ishigami¹⁰. Sus antepasados habían sido guerreros, samuráis. Según los relatos familiares, habían servido al general Takeda Shingen, el tigre de Kai, célebre por su genialidad estratégica y la distintiva armadura con casco de arqueados cuernos dorados¹¹. Sus tropas habían librado algunas de las batallas más sangrientas del siglo XVI, el período de los Estados

Guerreros de Japón, cuando los generales, con el objetivo de dominar el archipiélago, arrasaban campos, quemaban castillos y movilizaban a ejércitos en creciente expansión. Fue una época en que las tropas marchaban de un campamento a otro y expulsaban a los campesinos de sus hogares, de modo que la población entera quedó esparcida a lo largo y ancho del territorio. Pasaron los años, los ejércitos terminaron exhaustos, se estableció la paz debido al agotamiento de tantas guerras y los antepasados de Emon recalaron en el sur de la provincia de Echigo.

En las últimas décadas del siglo XVI, el nuevo caudillo militar de Japón, antecesor del sogún, dividió a la población en dos categorías, guerreros y civiles, y exigió a los patriarcas de las familias samuráis que escogieran una de ellas¹². Quienes se decantaban por la primera opción habían de abandonar la vida agrícola, trasladarse a vivir en barracones dentro de ciudades fortificadas y estar siempre prestos a defender a sus señores. A los que permanecían en las aldeas se los obligaba a renunciar a la condición de samurái y entregar las armas. Aunque perdían los privilegios de esta condición (servir al poder y percibir salario del sogún o el señor), se les aseguraba que jamás se los llamaría a filas. Este fue el camino que tomaron los antepasados de Emon: dejaron las armas y se quedaron en el campo.

A lo largo de los años, se dedicaron a la agricultura y ejercieron de jefes de aldea. Tenían la función de mediar en los conflictos, recaudar los impuestos y estar en contacto permanente con los samuráis que administraban la región. No obstante, uno de los antepasados de Emon optó por una vida diferente. Abandonó los libros de labranza, se sumergió en el estudio de las escrituras budistas, siguió la escuela de la Verdadera Tierra Pura y se ordenó sacerdote. Se encargaba de convocar a los feligreses, officiar funerales, cantar himnos y enseñar el principio esencial de su credo: que todo aquel que creyese en el poder redentor del Buda Amida se reencarnaría en el paraíso de la

Tierra Pura, libre del interminable sufrimiento cíclico del karma. Fundó Rinsenji, el templo de la aldea, y allí se instaló con su familia para guiar a sus fieles y asumir el registro de nacimientos y defunciones.

El día a día de Emon estaba condicionado por las decisiones que habían tomado durante siglos sus antepasados¹³. Si hubieran elegido las armas, Emon habría sido samurái. Habría portado dos espadas para indicar su estatus de guerrero. Habría residido en la ciudad y, cuando visitara los pueblos, cuidaría su apariencia hasta el mínimo detalle, porque así era como se reflejaba la relevancia social. Vestiría, por ejemplo, pantalones formales y llevaría el pelo recogido en un moño reluciente. En cambio, iba con hábitos austeros y la cabeza afeitada. Y, sobre todo, pagaba impuestos. De haber nacido samurái, habría pertenecido a la clase gobernante. Su sustento habría provenido de la recaudación de impuestos y la administración de los pagos. Tanto él como sus descendientes varones habrían disfrutado de una renta vitalicia, asegurada mientras perdurara el linaje.

En cualquier caso, no se le ocurría cuestionar el rumbo que habían tomado sus ancestros, aunque por ello se viera revisando factura tras factura en el duro invierno de aquel pueblo apartado. Gozaba de una posición acomodada. En el año 1800 había tenido con su mujer, Haruma, un hijo varón que garantizaba la sucesión del templo. La familia vivía un momento de prosperidad económica y pensaba aumentar la prole. Emon daba gracias a Buda por lo afortunado que se sentía. Aquel año había sido complicado, y pocos feligreses compartían esa suerte¹⁴. El desbordamiento de un río en la zona alta había anegado los estanques y sembradíos de Ishigami. La cosecha había sido desastrosa y los representantes de las comunidades campesinas de toda la región habían solicitado ayudas compensatorias. Argumentaban que las viudas y los niños se morían de hambre y que muchas familias se marchaban porque no podían afrontar las deu-

das. Él no padecía estas dificultades. Un recibo de impuestos no suponía para él una catástrofe inminente, sino un documento más que revisar y clasificar.

Emon había heredado de su familia cajas repletas de papeles, algunos con más de cien años de antigüedad, doblados en varios pliegues, encuadernados con hilo y guardados en sobres¹⁵. Conservaba facturas y recibos de impuestos que se remontaban a décadas atrás, solicitudes y notificaciones administrativas, montones de contratos para hipotecar tierras o prestar dinero, registros de feligreses que llegaban o se iban, padrones municipales, listas de defunciones con los nombres póstumos que se asignaba a los fallecidos y hasta un inventario de los bienes adquiridos para la boda de su hermana mayor. Todo esto no resultaba en absoluto extraño. Una cantidad sorprendente de sus compatriotas (hombres y mujeres) estaban alfabetizados¹⁶. Incluso en las zonas rurales, uno de cada cinco varones sabía escribir, una proporción que se incrementaba en casi todas las ciudades. Así fue como la población del archipiélago japonés creó el que probablemente sea el archivo más vasto que haya producido sociedad alguna en la Edad Moderna: cartas elaboradas por las mujeres del sogún en el castillo de Edo, en las elegantes estancias provistas de escritorios lacados; edictos y memorandos del samurái encargado de legislar y dictar sentencias; cuadernos de cultivo redactados por los agricultores, que recogían las compras de semillas y la rotación de campos; registros contables de grandes casas mercantiles y pequeños comercios locales; tareas escolares garabateadas en trozos de papel común; dibujos de santuarios y puertos, de héroes samuráis, demonios y árboles; planos de casas; inventarios de propiedades; observaciones sobre la historia «bárbara» de Occidente; listas de libros disponibles en bibliotecas itinerantes, y poemas sobre casi cualquier tema que se pueda imaginar.

A principios del año 12 de la era Kansei, no había nada destacable en los legajos de Emon. Las cajas albergaban una

historia ordenada y predecible; cada año se cobraban y pagaban los impuestos, las mujeres se casaban dentro o fuera del linaje, la gestión del templo Rinsenji se transmitía entre generaciones y la familia prestaba dinero y acumulaba tierras. Tal vez aquellas cartas ocultaran secretos entre líneas, pero nunca se expresaban abiertamente. Por lo general, el archivo de Emon se circunscribía a la provincia de Echigo. En aquellos tiempos, las ciudades distantes parecían sumamente remotas. El sogún del castillo de Edo no era más que una figura abstracta; su gobierno, poco más que una entidad ocupada en recaudar tributos. El presidente de los Estados Unidos de América, que vivía al otro lado del océano en la flamante Casa Blanca, era un completo desconocido.

Sin embargo, el mundo cambiaba de forma lenta, casi imperceptible, a medida que Emon ampliaba el archivo y la familia. Sus cajas no tardarían en contener nombres y fechas que jamás habría concebido; serán el repositorio de conflictos que habían escapado a su previsión. A los pocos años del cambio de siglo, tendrá además una hija, Tsuneno, que causará, durante las cinco décadas siguientes, tantos trastornos como sus otros nueve hijos juntos. En ese tiempo, Tsuneno escribirá múltiples cartas que su padre y hermanos siempre conservarían. En ellas pasará de las quejas a las alegrías, luego a momentos de angustia, enfado y también de disculpas. Tachará y corregirá sin cesar y volverá a empezar una y otra vez. Renegará de lo dicho en misivas anteriores y asegurará no haberse expresado con corrección. Cambiará de dirección postal, presentará a individuos desconocidos y excéntricos, variará el léxico. Serán tan abundantes las cartas de Tsuneno, así como las dirigidas a ella y las que hablan sobre su persona, que acabarán por copar los fondos documentales. Su rebeldía, plasmada en el papel, alimentará una creciente producción de textos, con voces y formatos diversos, al tiempo que la familia intentará comprender y controlar su caótica vida. Da la impresión de que sus parientes, mediante sucesivas